



AVISO LEGAL

Artículo: El Japón en la época de los descubrimientos

Autor: Hayashiya, Eikichi

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 6, año VI, núm. 36 (noviembre-diciembre de 1992), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Hayashiya, E. (1992). El Japón en la época de los descubrimientos. *Cuadernos Americanos*, 6(36), 20-30. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1992 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL JAPÓN EN LA ÉPOCA DE LOS DESCUBRIMIENTOS

Por *Eikichi* HAYASHIYA
HISTORIADOR JAPONÉS

I. Primer contacto con los occidentales

EL MUNDO SE PREPARA PARA CONMEMORAR el V Centenario del Descubrimiento de América, y el Japón, lejos de mostrarse indiferente a esta efeméride, participa activamente en su preparación.

Y existen razones poderosas para que así sea: como lo demuestra claramente su diario del primer viaje, es indudable que Cristóbal Colón llevaba en la mente el nombre del Cipango de Marco Polo cuando avanzaba en su carabela Santa María por el mar del oeste en busca de un camino más corto para llegar a la India.

Considero que la importancia que el Japón atribuye a este V Centenario del Descubrimiento de América estriba no meramente en el hecho de haber estado en los sueños del Gran Almirante y de haber sido la primera meta de sus viajes inmortales, sino también, y primordialmente, en que sólo cincuenta años después llegaban a su suelo portugueses y españoles por la ruta del Océano Índico y en noventa años, por la ruta del Océano Pacífico, realizando con ello el encuentro de dos mundos, ambos viejos, Oriente y Occidente.

En aquellas expediciones de los grandes descubrimientos, los primeros occidentales en pisar tierra japonesa no fueron los guerreros españoles armados de espadas, lanzas y arcabuces, ni los cascos de sus caballos, que sembraban el pánico entre los aborígenes americanos; los primeros que pisaron tierra japonesa en la gran empresa de los descubrimientos de mundos nuevos fueron pacíficos mercaderes portugueses armados de bienes y talento, y un santo vestido de sotana y armado de crucifijo con la ambición sublime de convertir el mundo a sus creencias religiosas.

Así que el Japón —el Oriente— y Europa —el Occidente— se encontraron no en campos de batalla ni de conquistas territoriales sino en terrenos de comercio, de paz y de cultura. El terreno estaba abonado para que en él germinara la semilla rápida y lozana de una relación pacífica de mutuo beneficio entre los ‘viejos mundos’.

II. Llegada de los portugueses

FUE en 1543, apenas cincuenta años después de la llegada de Colón a América, cuando de un junco chino desembarcaron algunos portugueses en la isleta japonesa de Tanegashima, situada al sur de la isla mayor de Kyushu.

Con anterioridad a este primer desembarco en tierra japonesa, en 1511 los portugueses habían arribado al norte de Malaca, y llegado seguidamente a mares cercanos a tierra firme china para monopolizar el tráfico de clavo, pimienta, azafrán y demás especias. En 1535 asentaron sus reales en Macao, lugar que utilizaron como base de comercio con los productos chinos.

De esos comerciantes portugueses de Malaca y Macao fueron los llegados a Tanegashima. No tenían ellos ninguna intención política, ni siquiera religiosa; menos pensaban en conquistar el territorio ajeno. Simplemente viajaban, iban adelante, vendiendo y comprando. Eran comerciantes pacíficos, y como a tales los japoneses, en vez de mostrarles hostilidad o estorbarles el camino, les abrieron las puertas y los brazos. Es verdad que traían asimismo arcabuces, mas no para hacer valer su poderío sino simplemente como arma personal propia de la época y como artículo de comercio; en señal de esto obsequiaron dos arcabuces al Señor de Tanegashima en aquel primer encuentro. Naturalmente estas para los japoneses nuevas armas despertaron en ellos suma admiración.

Ganada la confianza de los habitantes, el camino en aguas japonesas quedó libre para los amistosos portugueses, cuyos barcos seguían avanzando, y tres años después de su arribo en junco chino a Tanegashima, en 1546, un barco portugués ya estaba en el puerto de Yamakawa de Kagoshima. Desde entonces se hizo común en varios puertos de la isla de Kyushu el espectáculo del arribo de buques lusitanos.

Paralelamente al arribo de los portugueses, en 1549 llegó a Kagoshima un grupo de religiosos de la Compañía de Jesús acompañado por el intérprete japonés Yajiro, quien en 1546 había sido llevado a Macao por los portugueses.

A la cabeza de estos primeros misioneros en Kagoshima se encontraba Francisco Xavier, un español enviado a la India por la Compañía de Jesús en cumplimiento de una solicitud de João II de Portugal. Con esto, Xavier se convirtió en el primer español llegado al Japón. Partió de Goa en julio de aquel año, 1549, y llegó a Kagoshima, de donde pasó a Hirado, puerto del nordeste de Kyushu y lugar de comunicación amistosa entre el señor feudal Matsuura y los mercaderes portugueses.

Más tarde, en 1571, los portugueses establecieron a Nagasaki como puerto de arribo al Japón por haber encontrado aquí mejor acogida que en Hirado. El mismo año el señor feudal Otomo Sumitada puso seis barrios de Nagasaki a disposición de la Compañía de Jesús. El año 1571 recuerda asimismo la primera "empresa conjunta" entre japoneses y europeos, que fue la mejora o construcción del puerto de Nagasaki.

Durante más de treinta años, entre 1550 y 1582, religiosos y mercaderes de la Península Ibérica llevan a cabo de manera conjunta la tarea de penetración en el Japón, en una especie de unión de religiosos no con soldados conquistadores sino con pacíficos mercaderes.

La Compañía de Jesús en la empresa de la evangelización adoptó la táctica, por decirlo así, de ir primero a los poderosos señores feudales, o *daimio*, japoneses con vistas a que su autoridad facilitara la conversión masiva del pueblo. Para atraer a los *daimio* les ofreció el beneficio del comercio a través de los mercaderes portugueses. Y los *daimio* respondieron con la protección de los religiosos. Complemento de la "empresa conjunta" era la etapa de los "beneficios mutuos".

Los barcos portugueses llegaban regularmente casi todos los años a diversos puertos de Kyushu, cada uno con un número de personas calculado en 200. Eran buques, al principio, de 500 toneladas, y más tarde de 1 600 y hasta 2 000 toneladas. Según el historiador Luis Almeida, en el año 1561 estaban anclados en el Japón cinco barcos portugueses. Otras fuentes establecen que en 1562 vivían en Hirado noventa portugueses.

La base de los barcos portugueses estaba en Goa, en la India. Por orden del rey de Portugal, o de su Virrey en India, cada año uno o dos de esos buques zarpaban de Goa, y después de tocar Macao se dirigían al Japón.

De la India salían cargados de plata, aceite y vinos, que cambiaban en Macao por seda y otros textiles para vender o cambiar en el Japón por cobre, artículos de laca y otra vez por plata, metal que

en el Japón era mucho más barato que en la China. Una aplicación del moderno 'comercio triangular'. De vuelta a Macao los buques portugueses trocaban sus cargamentos de plata por textiles de seda y por diversas especias, que pasaban a Europa a través de la India.

La base principal de este comercio era el trueque de seda cruda y de textiles chinos por la plata del Japón. Los portugueses llevaban además al Japón diversos productos del sur de Asia y de la China, tales como textiles de algodón, artículos de cobre, plomo o porcelana, especias y azúcar. Los japoneses tenían en alta estima estos bienes, que llamaban *namban mono* (cosas de los 'bárbaros del sur'), y que comenzaron a ser empleados en obsequios y en ocasiones tales como las ceremonias del té de los señores feudales.

No todos los artículos portugueses podían caber en la categoría de pacíficos. Ofrecían también a los *daimio* 'municiones', pólvora, balas y sus materias primas de plomo y salitre. También el Japón producía salitre y plomo, pero la demanda de la época era cada vez mayor, y los señores feudales deseaban obtenerlos importados.

Existe una carta de mediados del siglo xvi dirigida por el señor feudal Otomo Sorin a un misionero portugués de apellido Carneiro, en la cual le pide que todo el salitre que los barcos portugueses traigan al Japón sea vendido exclusivamente a su feudo de Bungo, provincia de Oita, nordeste de Kyushu.

La actividad proselitista de los misioneros españoles y portugueses de la Compañía de Jesús corría parejas con la intensificación del comercio entre el Japón y Portugal. En los dos años en que estuvo en Japón, san Francisco Xavier recibió calurosas acogidas de los señores feudales Ouchi Yoshitaka, de Kagoshima, y Matuura de Hirado. En 1569, al año de asumir el control del país, el gran señor feudal Oda Nobunaga otorgó al misionero Luis Frois el privilegio de residencia en Kioto.

Grande fue el éxito inicial en la propagación del cristianismo. En 1578 había en el Japón 110 religiosos jesuitas, y el catolicismo poseía en Kioto el gran templo de 'Nanban-dera'. Parece que entre 1560 y 1587 fueron bautizados veinticinco señores feudales. ¿Qué inducía a los *daimio*, si no precisamente a abrazar la fe cristiana, por lo menos a facilitar a los misioneros el camino de las conversiones? Unas veces los intereses comerciales; otras, las conveniencias políticas; y también a veces la sinceridad de las convicciones. Es particularmente notable el caso de Nobunaga, hombre de carácter violento y talento destacado, quien, enemistado con los bonzos y amante de las novedades, dio apoyo decidido a los religiosos occidentales.

Misión Tensho

Una de las actividades más significativas de los religiosos de la Compañía de Jesús fue el envío de la denominada Misión Tensho, formada por cuatro jóvenes nobles japoneses, escogidos entre los parientes de los señores feudales católicos Arima, Omura y Otomo.

En febrero de 1582 los cuatro jóvenes nobles japoneses, acompañados por el visitador padre Alejandro Valillano y por los misioneros Diego de Mezquita y Jorge Loyola, partieron de Nagasaki con destino en primer lugar a Macao. Nueve meses permanecieron en Macao, de donde pasaron a Cochin, en la India, y tras una estadía de seis meses en ese lugar se dirigieron a España. Visitaron Guadalupe y Toledo, y finalmente llegaron a Madrid, donde en noviembre fueron recibidos por el rey Felipe II. En San Gerónimo asistieron a la proclamación del Príncipe Heredero. Otro evento destacado durante su permanencia en España fue su visita al entonces recién construido Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, por indicación del propio monarca, justamente orgulloso de aquella maravilla arquitectónica y artística.

La meta final era Roma, la ciudad del Papa. Embarcaron en Alicante y llegaron a la capital del Cristianismo en marzo de 1585. Era entonces Papa Gregorio XII, quien murió aquel año y fue sucedido por Sixto V. Uno y otro Papa recibieron entonces a los nobles japoneses, quienes permanecieron tres meses en Italia y regresaron a Nagasaki en julio de 1590 por la vía de Génova, Barcelona, Zaragoza, Madrid, Lisboa, Mozambique, Goa y Macao.

Siete años y medio había durado el histórico primer viaje de japoneses por el Occidente. Si fue grande el interés del Cristianismo, o del Occidente, por esta primera visita de los japoneses a Europa, no lo fue menos para la parte japonesa, como se puede ver por la recepción que en mayo de 1591 hizo a los expedicionarios el gran señor feudal (*kampaku*) Toyotomi Hideyoshi, a la sazón cabeza del gobierno del país. Efectivamente, los japoneses habían visto con sus propios ojos la cultura occidental. El esplendor de la civilización europea dejó honda impresión tanto en los representantes como en los representados japoneses.

Uno de los frutos más destacados de aquel viaje fue la introducción del mapamundi, del globo terráqueo y de la imprenta en el Japón. El mapamundi y el globo terráqueo hicieron que los japoneses se dieran cuenta del pequeño lugar que su país ocupaba en la redondez de la tierra, y la imprenta les abrió inmensos horizontes

en el mundo de la cultura. Todavía quedan varios ejemplares de 29 obras salidas de aquella primera imprenta importada por el Japón —18 en letras romanas y 11 en caracteres japoneses—; entre las primeras se cuentan *Guía de Pecadores* de Luis de Granada, *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, un *Diccionario Portugués-Japonés*, una *Gramática Latina* y una traducción romanizada de las *Fábulas* de Esopo. En caracteres japoneses quedan la colección de poesías *Wakan Roei-Shu*, *Heike Monogatari* y *Taiheiki* (algunas de estas obras se encuentran también en la biblioteca de El Escorial).

De más está encarecer la importancia de este contacto entre Europa y el Japón a lo largo de cuarenta años. Las ciencias naturales y la cultura general iban forzosamente unidas a los artículos que los comerciantes y los religiosos llevaban y traían.

La Iglesia católica desempeñó un papel importante en la introducción de la civilización renacentista en el Japón, y la ciudad de Nagasaki se convirtió en ventana europea y lugar de enseñanza occidental.

No es mi intención el referirme a todo lo mucho que el Japón debe a aquella entrada en su suelo de portugueses, españoles y en particular de la Iglesia, pero quiero mencionar el desarrollo de la medicina, de la navegación, de la construcción naviera y de la astronomía. El misionero médico portugués Almeida fundó en Nagasaki un hospital y un orfanato. Con técnica portuguesa, Oda Nobunaga hizo construir un barco en 1578. El primer libro de astronomía publicado en idioma japonés fue la traducción de la obra de Pedro Gómez en 1594.

Mención especial merece la industria de los arcabuces, cuya técnica de fabricación aprendieron rápidamente los japoneses. Según Méndez Pinto, cronista portugués, los japoneses comenzaron a fabricar arcabuces en 1543, y trece años más tarde, en 1556, ya tenían fabricada la para entonces formidable suma de más de 300 mil unidades, 25 mil de las cuales habían exportado a la parte septentrional de Asia.

III. Llegada de los españoles

DURANTE cuarenta años —1543 a 1584— el comercio entre Japón y Europa fue monopolio de los barcos portugueses, y los jesuitas ejercieron exclusivamente la actividad evangelizadora entre los japoneses. Pero en 1570 los españoles quedan firmemente establecidos en Manila y la hacen base de sus actividades en la ruta del

Pacífico mediante los famosos galeones de Manila, que van y vienen entre este puerto y el de Acapulco de la Nueva España (México).

Al mismo tiempo, misioneros de diversas órdenes religiosas aparecen ante los orientales. En 1584 llegan al Japón procedentes de Manila los primeros franciscanos. El señor feudal de Hirado, Matuura Shigenobu, al parecer en disentimiento con los jesuitas, acoge calurosamente a los franciscanos; escribe al gobernador de las Islas Filipinas proponiéndole una especie de *convenio de comercio y amistad* y envía un barco a Manila en 1587 para hacer efectiva esta propuesta.

Toyotomi Hideyoshi

El gran señor Toyotomi Hideyoshi no tarda en enterarse del establecimiento del poderío de España en Manila, y en 1591 envía allí a un comerciante de Nagasaki para negociar con las autoridades españolas; el mismo año recibe a Pedro Bautista como representante del gobernador de Manila, y en 1593 otorga a los franciscanos el permiso de evangelizar.

Sin embargo, la rapidez con que se propagaba el cristianismo romano entre los japoneses alarmó a los budistas fervorosos, que se quejaron ante Hideyoshi. También llegó a oídos del potentado el desorden creado por rivalidades o querellas entre jesuitas y franciscanos.

Toyotomi Hideyoshi no podía permanecer indiferente ante estas cosas que afectaban su gobierno. No ignoraba la tendencia colonizadora de los Estados fuertes o adelantados, y tuvo conocimiento del exabrupto de Francisco de Sanda, piloto del barco español San Felipe que había arribado a Urado de Tosa en octubre de 1596 y en el cual venía el mexicano Felipe de Jesús. Según Sanda, los religiosos llegaban primero y preparaban el camino para la conquista y colonización españolas.

Contrariado Hideyoshi por el fracaso del envío de tropas a la península de Corca en 1587, mal interpretado y cansado ya de su agitada vida, rescita la ley de prohibición del cristianismo que, aunque promulgada en 1587, se había dejado sin efecto, y ordena en 1597 la crucifixión de 26 cristianos, entre misioneros extranjeros o simples fieles japoneses, en Nagasaki.

La tragedia de Nagasaki no señalaba necesariamente la ruptura de los japoneses con los religiosos españoles y portugueses, ni mucho menos con los extranjeros en general.

Gobierno de Tokugawa Ieyasu

Muere Toyotomi Hideyoshi en 1598 y lo sucede el Shogun Tokugawa Ieyasu, quien también se interesa mucho en el establecimiento de relaciones con los españoles de Manila.

Aquel mismo año, 1598, en que asumió el poder, Tokugawa recibe a Gerónimo de Jesús, fraile franciscano; le manifiesta el deseo de que los galeones de Manila toquen puertos japoneses y le pide su intercesión para el envío al Japón de técnicos mineros en plata.

El interés principal de Tokugawa Ieyasu, manifestado en todas las ocasiones, es el establecimiento de relaciones con México; es decir, el intercambio de productos y la adquisición de la tecnología del beneficio de la plata "amalgamada".

En octubre de 1609 el galeón San Francisco naufragó cerca de Onjuku, sobre la costa japonesa de Chiba, en un crucero entre Manila y México. En el San Francisco viajaba de regreso a España el gobernador interino en Manila Rodrigo de Vivero.

Este naufragio dio a Ieyasu la oportunidad de entrevistarse y negociar personalmente por primera vez con la autoridad española representada por Rodrigo de Vivero. En la entrevista Luis Sotelo (franciscano) desempeñó el papel de mediador. Rodrigo pidió entonces a Ieyasu la libertad de evangelización y la expulsión de los holandeses, en rivalidad entonces con los españoles, particularmente a causa de la reforma protestante; los holandeses disfrutaban de la protección del gobernante japonés desde 1600, año de la llegada del barco holandés "Liefde" o "Charity", cuyo piloto, William Adams, de nacionalidad inglesa, pronto se ganó la confianza de Ieyasu. Éste por su parte solicitó el envío de cincuenta ingenieros de minas, y ofreció un barco japonés para el regreso de Vivero.

Aunque no se llegó a un entendimiento entre Vivero y Ieyasu, se construyó un barco en el que Alonso Muñoz y Luis Sotelo acompañaron a Vivero hasta Nueva España. Fue éste el primer barco de construcción japonesa que cruzó el Océano Pacífico. En él viajaban también 22 comerciantes japoneses de Sakai, como muestra del interés de Ieyasu por el comercio con la Nueva España.

El virrey de la Nueva España, Luis de Velasco, no presta mayor atención a la solicitud de Ieyasu, pero le envía como emisario a Sebastián Vizcaíno, aprovechando la ocasión para explorar los mares cercanos al archipiélago japonés. En 1611 se lleva a cabo la entrevista de Ieyasu y Vizcaíno, en la cual aquél le reitera su deseo de comerciar con Nueva España.

Misión Hasekura

De este primer contacto directo entre las autoridades de Nueva España y el Gobierno de Ieyasu surge el envío de la Misión Hasekura, realizado por el señor feudal más poderoso del norte del Japón, Date Masamune, por sugerencia y con la dirección de fray Luis Sotelo, franciscano, aprovechando el buque construido en el Japón para el emisario de Nueva España, Vizcaíno. La misión estaba encabezada por Hasekura Tsunenaga, y, aunque enviada por Date, contaba sin duda con el consentimiento del gobierno del Shogun Ieyasu, quien ya comenzaba la política de persecución al cristianismo.

Esta misión, la primera japonesa que cruzó el Océano Pacífico, es de importancia primordial en el encuentro del Japón con el Occidente, y sobre todo en el comienzo de las relaciones entre Japón y México o Nueva España.

El año 1613 parte de Japón la misión Hasekura con un itinerario que comprende Acapulco, México, Veracruz, Sevilla, Madrid, Barcelona y Roma. La componen cerca de 150 japoneses que forman parte de los 180 tripulantes; mas sólo veinte de ellos van a Europa, donde son recibidos por el rey Felipe III y por el papa Paulo V.

En México, el hijo de un noble azteca de nombre Chimalpahin, dejó en su idioma náhuatl utilizando caracteres romanos el testimonio de la llegada de esta primera misión japonesa; a través de dicho documento podemos apreciar lo solemne y pomposa que debió de ser su entrada en la capital de la Nueva España.

Considero que la importancia de esta misión se halla en su objetivo de fondo, México, como lo demuestran claramente tres hechos, a saber: la proporción entre el número de expedicionarios que llegó a Europa y el que se quedó en México; la carta de Date que la misión entregó a Paulo V, en la cual se solicita al Papa su intermediación para el éxito de la realización del comercio entre Japón y

Nueva España y la petición hecha a Felipe III de que permitiera el comercio directo entre Japón y Nueva España. Sin embargo, este deseo del Japón no se vio cumplido, ya por presiones de los mercaderes establecidos en Manila, ya por la falta de interés de las autoridades de Nueva España y también porque España no quiso que el Japón participara directamente en el comercio entre Oriente y Occidente.

De todos los documentos que conserva la historia del Japón de aquella época, se deduce que la aspiración de los gobernantes y del

pueblo japonés en general en sus nuevas relaciones con el Occidente era la realización pacífica del comercio, y lo religioso quedaba subordinado a ella.

Los grandes señores feudales como Oda Nobunaga, Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu profesaron gran simpatía hacia la llegada de los occidentales y un vivo interés por el comercio con ellos, mientras dispensaban a la nueva religión primero simpatía o protección y después cautelosa tolerancia hasta llegar al temor y a la aversión. Ieyasu, sobre todo, quiso entablar relaciones con el Occidente, comerciar con él e introducir en el Japón su técnica, mas a condición de separar el comercio de la propaganda religiosa.

Otro era, sin embargo, el orden de prioridades en la Península Ibérica, mayormente por parte de los españoles, para quienes el objetivo primordial era la religión, y el comercio un asunto secundario. Más aún: España parecía proceder con sumo cuidado para que el Japón no la fuera a suplantar en los mercados.

Fue así como Tokugawa Ieyasu fracasó en el solicitado envío de técnicos mineros españoles al igual que en la escala de los galeones de Manila en puertos japoneses, esto es, en el establecimiento de lazos comerciales directos entre Japón y Nueva España. En aquella primera etapa del encuentro del Japón con España, ésta sólo buscaba la evangelización y la conversión religiosa de la totalidad del pueblo japonés.

Además el Japón se vio envuelto en el complicado panorama internacional de la primera mitad del siglo xvii, con la expansión de los holandeses, independizados de España en 1581, por el Sudeste Asiático. El suelo japonés comenzó a hervir en rivalidades religiosas entre budistas y cristianos, entre católicos y protestantes, entre franciscanos y jesuitas, en rivalidades nacionales de españoles, portugueses y holandeses.

En 1614, el año siguiente de la partida de la Misión Hasekura, Tokugawa Ieyasu intensifica la persecución religiosa y expulsa un gran número de sacerdotes católicos; destierra también a Manila o a Macao algunos *daimio* convertidos al catolicismo.

En 1618, cuando la Misión Hasekura llega a Manila después de grandes recepciones por parte de las cortes española y papal, la prohibición del catolicismo era total en el Japón. En 1620 Hasekura regresa a Sendai, su ciudad natal, y muere en 1622 sin haber podido hacer pública toda su valiosa experiencia.

Expulsión de los cristianos

Con sucesivas medidas persecutorias, gradualmente se intensifica la actitud de exclusión extranjera por parte de las autoridades del shogunato, y finalmente, en 1639, se produce la expulsión definitiva de españoles y portugueses y queda prohibida la entrada de sus barcos al Japón.

De tal manera el Japón cortó sus relaciones con España y Portugal, aunque dejó una puerta abierta al extranjero en la isla de Dejima comunicada con la ciudad de Nagasaki, en donde se permitía la residencia de los mercaderes holandeses y chinos.

Precisamente fueron los barcos chinos los que sirvieron de eslabón entre las Islas Filipinas y el Japón después de la expulsión de españoles y portugueses. Los chinos abastecían de productos japoneses, como laca y porcelana, a los españoles y chinos establecidos en Manila, quienes los enviaban a Nueva España junto con otros productos orientales en los galeones de Manila que regularmente, una vez al año, durante cerca de 250 años, efectuaban la travesía de ida y vuelta.

Así es como, gracias a esta ruta del Pacífico abierta por los españoles, durante todo aquel período de aislamiento del Japón continuaron llegando a esas tierras diversos productos procedentes de Nueva España y de España, las cuales a su vez recibían diversas mercancías japonesas.

El establecimiento de la ruta del Pacífico es la realización del sueño de Colón de llegar al oriente navegando hacia occidente, aunque esta ruta resultó más larga que la calculada por el Descubridor, y más larga aún que la del Océano Índico ya establecida por los portugueses. La ruta del Pacífico tuvo que atravesar un gran continente, pero ha servido para unir los tres mundos de Asia, América y Europa.

Al acercarnos a la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América, quiero hacer mención especial de la importancia que tuvo para el Japón la ruta del Pacífico, y formular votos por que esta efemérides sea ocasión para intensificar las relaciones entre los tres mundos en beneficio recíproco.